

Cincuenta
dibujos indoctos,
plebeyos, burlescos
y populares de
Pla-Narbona

Textos de Joan Fuster

Colección Libros de Arte INA

Con la sospecha del “Vox populi vox Dei”

Ya los vamos olvidando. Pero durante siglos, en muchos casos desde la hondura de un par de milenios o más, habían sido nervio y apoyo de las convicciones de la gente. No en balde fueron recapituladamente designados con una fórmula solemne: “la sabiduría de las naciones”. Son refranes, proverbios, adagios, dichos, paremias, no importan los matices de nomenclatura, que coinciden en su raíz anónima y en el laconismo incisivo de su trama. Pertenecían a la conversación cotidiana, y la servían con el rasgo puntual de un dato o de una autoridad. De hecho, la venerable experiencia popular tomaba este cauce para perdurar y difundirse. De generación en generación, se transmitían así los conocimientos esenciales —los ritmos de la meteorología, los consejos del campo y del oficio—, las normas de conducta, los juicios de valor. Cada sociedad, cada época, se reflejaban en el repertorio vigente de tales “frases hechas”, y sus individuos encontraban en ellas la confianza de un código, la seguridad de un criterio, el esquema de una sátira que, en definitiva, constituían las “verdades” de uso corriente. Para la mayoría, no había otras: casi no había otras.

Porque las multitudes iletradas sólo disponían de este recurso de “cultura”. La letra y el papel permitían novedades aventureras; de vez en cuando, un rasgo personal de opinión. Y el escrito, de por sí, ya ofrecía unas garantías ciertas de fijación y de propagación. Los sectores altamente alfabetizados, en realidad, eran un mundo aparte. Lo han sido hasta anteaayer mismo, y todavía no queda claro si han dejado de serlo. De todos modos, la masa subalterna no tenía otra opción: las leyes y las informaciones de su rutina, los argumentos que las animaban, el pro y el contra de cada día, les venían proporcionados por el conducto de una herencia —digamos— “oral”, y las nociones así recibidas, a fuerza de una repetición multiseccular, lograban el esplendor indiscutible de la evidencia. La memoria era el trámite o el vehículo de esa ventaja. Es lo que se llama “tradición”: “tradición” en el sentido más primario y más vivo del término. Mediante refra-